

Tiffany Calligaris

*Capturas de
un corazón
roto*



Tiffany Calligaris

*Capturas de
un corazón
roto*

Capítulo 1

Un e-mail desafortunado

Deben de ser una o dos horas pasada la medianoche. Abro el ventanal y me deslizo dentro mientras reprimo un bostezo. No suelo hacer escapadas durante la noche; solo en ocasiones especiales. Es una de las ventajas de tener mi dormitorio en el primer piso. Mis prendas caen sobre el suelo de madera, en un rastro de migajas que va de la ventana a la cama: calzado, calcetines, falda.

Me deslizo entre las sábanas con un top de satén negro y la ropa interior. El sueño llega fácilmente, y con él, las fantasías. El chico que me ha acompañado a casa me sigue a lugares soleados. Nos besamos y reímos, nos hacemos cosquillas y bromeamos, y nos prometemos que siempre estaremos juntos.

Horas más tarde, abro los ojos y veo un osito amarillo sonriente con una remera roja. Sus brazos se mueven arriba y abajo junto con el martilleo del despertador. Estiro la mano hacia el interruptor de apagado y cierro los ojos; me permito unos minutos más para acurrucarme contra la almohada con aroma a cítricos.

La mayoría de mis amigas ha sustituido sus relojes por la alarma del teléfono móvil. Yo prefiero el viejo oso. Me recuerda a mi infancia. A la mano de mi madre acariciándome la espalda para que me despertara. O a la mochila con forma de perro que usaba en la guardería. El despertador tiene un aire clásico. Mi madre lo compró en una tienda *vintage* cuando cumplí seis años. Es de madera, con tarros de miel en los números 3, 6, 9 y 12, y un Winnie the Pooh en lo alto.

Abbie Dawson ha sido una fan leal de Winnie the Pooh desde que se topó con los libros escritos por A. A. Milne cuando era niña. Tiene ediciones especiales, todo tipo de objetos de colección y una caja llena de cintas VHS de dibujos animados.

También le puso el nombre del famoso oso amarillo a su hija: Winnie Dawson. Esa soy yo. Sin segundo nombre; solo Winnie.

Empiezo mi rutina matinal. El baño. Ponerme la ropa que dejé la noche anterior sobre el baúl de madera a los pies de la cama. El desayuno con la familia. Y diez minutos a pie hasta el colegio.

Todo me resulta habitual y todo está a punto de cambiar. Estoy en el último curso del instituto St. Clair, en York, Pennsylvania. Y me queda un mes para graduarme, lo que significa que después del verano me despertaré en una habitación nueva, en una ciudad nueva, en un estado nuevo. Chicago. Llevo soñando con mudarme a la Ciudad de los Vientos desde que vi con mi madre una vieja película titulada *La boda de mi mejor amigo*. Los rascacielos brillantes. El estadio y los parques. Parece una ciudad con identidad.

Y gracias a años de planificación, trabajo duro y, probablemente, un poco de suerte, me han aceptado en la Univer-

sidad de Chicago. ¡*Vamos, Maroons!* No es que me gusten los deportes. Aunque me gusta la parte de usar una gorra bonita y comer *hot dogs*.

Mi vecindario es la definición de la clase media urbana estadounidense. Casas de dos pisos, jardines con gnomos o alguna criatura simpática de cerámica y demasiadas señales de «Reduzca la velocidad. Niños jugando». Tiene una importante población de perros labradores y caniches.

Al acercarme a la esquina del St. Clair, alcanzo a ver la espalda de un chico delgado con el pelo despeinado color arena. Lleva un *jean* azul oscuro y calzado deportivo negro. Es Jesse Anderson, el mismo que me acompañó a casa bajo una luna llena, y esperó mientras trepaba a la ventana de mi habitación.

Nos conocemos desde la guardería y hemos pasado por todas las etapas. Cuando teníamos unos seis años, peleábamos todo el tiempo. Luego cumplimos diez y nos hicimos buenos amigos, de esos que comparten la merienda y caminan juntos al colegio. Y al llegar a los quince, probamos lo de ser novios. Resultó bastante bien, teniendo en cuenta que dos años después seguimos juntos.

Estos son algunos datos curiosos sobre mí: soy una gran fan del helado de vainilla caramelizada; en los diarios de los últimos cinco años guardo una lista con el nombre de todas y cada una de las razas de gatos de las que he leído, y prefiero las *polaroids* a las selfis. Además, adoro a Jesse Anderson. Me encanta que siempre nos riamos del mismo chiste: reconocería su risa en cualquier lugar, incluso en un estadio de la Copa del Mundo o en el medio de un apocalipsis zombi. Me encanta que tengamos una vida entera de recuerdos juntos, aunque algunos sean de un Jesse de cinco años pegándome

plastilina en el pelo. Me encanta sentir que mi lugar es a su lado. Un segundo hogar.

Cuando llego a su altura se gira hacia mí y me roza la cabeza con un beso ligero.

—Hola, osito Winnie.

Ese ha sido mi apodo desde siempre. Mi madre me lo puso desde el primer día.

—Hola —respondo con suavidad.

—¿Has dormido algo?

—Un poco. No lo suficiente.

Asiente y ahoga un bostezo.

—Así que es la última semana de clase —dice, guiándome hacia el edificio de ladrillo rojo con ventanas de paneles blancos. Me acompaña hasta donde suelo reunirme con las chicas.

—Es un poco aterrador, pero tan emocionante... ¡De verdad iremos a Chicago! Podremos ir al Planetario Adler, conocer el Gran Salón de Union Station, pasear por el parque del Milenio...

Gracias a una rara conjunción de planetas, a Jesse también lo han aceptado en la Universidad de Chicago.

—Y encontraremos una acogedora cafetería donde pasar el rato los fines de semana —añado, porque tenemos una obsesión por las cafeterías. Principalmente, que sepan dominar el arte de una taza perfecta de chocolate caliente y tengan una amplia selección de pastelería. Incluso tenemos nuestra propia clasificación de las cinco mejores de la ciudad.

—También tenemos que encontrar una buena pizzería. No puede haber Domingo de Pizza sin *pizza* de queso —afirma.

El Domingo de Pizza es una antigua tradición de mi familia. Básicamente consiste en elegir una película y darnos un atracón de *pizza* en el sofá.

—Tiene que ser una pizzería muy muy buena —le digo.

—La mejor de todas. La número uno. —Me sonrío.

Le choco el hombro con el mío y suelto una risita.

—Y después del primer año nos mudaremos de la residencia de estudiantes y adoptaremos un gato —le digo con tono esperanzado.

—Y *puede* que adoptemos un gato —concede Jesse—. Aunque creo que deberíamos quedarnos en el campus al menos dos años y disfrutar de la vida universitaria.

A medida que nos acercamos a las escaleras por la esquina del corredor, Juliet y Sofía aparecen a la vista. Hace mucho tiempo que somos amigas. Juliet Grant es deportista, lleva el pelo largo rubio oscuro recogido en una eterna colita, y es de Texas. Mientras que Sofía González tiene la piel trigueña, el pelo castaño y sedoso, y lo suyo es la música. Siempre está en búsqueda de un nuevo grupo o de su canción favorita de la semana. Sus padres son inmigrantes mexicanos de primera generación. Preparan las mejores quesadillas.

—Esta es tu parada —dice Jesse—. Nos vemos después de clase.

Su móvil lo interrumpe. Mira la pantalla despreocupadamente, pero al cabo de unos segundos, sus ojos se abren de par en par.

—¿Qué sucede? —le pregunto.

Jesse sigue mirando el móvil con incredulidad.

—Me han aceptado en Brown —susurra, estupefacto.

—¿En serio? —Me quedo paralizada—. Dijiste que no enviaste una aplicación allí.

—No pensé que me aceptarían... Fue un impulso de último momento.

—Un impulso afortunado. —Le doy un beso en la mejilla, ignorando los nubarrones grises que empiezan a acumularse dentro de mi cabeza—. Sé que Brown es una universidad increíble, pero aún vas a venir a Chicago, ¿verdad?

—Creo que sí. —Sus ojos color café evitan los míos—. Solo necesito pensarlo. Lo siento, Winn. Sinceramente, no esperaba entrar.

Mi boca se abre y se vuelve a cerrar. Me faltan las palabras. Quiero protestar. Recordarle que hicimos la promesa de ir juntos a Chicago. Por otra parte, ¿qué clase de novia lo haría sentirse mal por haber entrado en una universidad de la Ivy League? Jesse es ambicioso, se ha esforzado mucho por sacar buenas notas e incluso se anotó en el equipo de fútbol americano para mejorar sus posibilidades de admisión. Ha recibido todo tipo de golpes durante la mayor parte de la temporada y aun así ha permanecido en el equipo y ha intentado disfrutarlo.

—Lo entiendo; sé lo mucho que has trabajado. —Le tomo la mano—. Ya lo solucionaremos.

Al instante, detesto la incertidumbre que transmiten esas palabras. *Lo solucionaremos*. ¿Y si no lo logramos? Precisamente por eso decidimos enviar solicitudes a las mismas universidades. Queríamos evitar todas las complicaciones de una relación a distancia.

—Sí, lo haremos —afirma, apretando ligeramente mi mano—. Tengo que reunirme con los chicos. Hablamos luego.

Al observar cómo su espalda desaparece por el pasillo, solo tengo una palabra en mente: *mierda*. ¿Cómo ha podi-

do pasar todo esto en... cuánto tiempo? ¿Minutos? Hicieron falta miles de pasos para asegurar nuestro futuro, y solo un *e-mail* para desbaratarlo todo. Un *e-mail* desafortunado.

Juliet y Sofía se abalanzan sobre mí con expresiones inquisitivas.

—¿Qué pasa? —preguntan las dos al unísono.

—Han aceptado a Jesse en Brown —murmuro.

—¿De verdad? —pregunta Sofi.

—¿Qué ha pasado con el plan de pareja feliz que tenían para ir a Chicago? —añade Juliet.

—No lo sé.

Mis amigas intercambian miradas y guían mis pasos hacia la cafetería en lugar de a clase. Aún tenemos diez minutos. Me vendría bien un té. Uno de esos téis namasté que prepara mi madre con propiedades calmantes. Aunque probablemente tendré que conformarme con el negro común y una buena cantidad de azúcar para endulzarlo.

—Me encanta esa remera rosa, Winn —dice Sofi, alegremente—. Es el tono exacto del algodón de azúcar. Y te queda genial el jardinero blanco —añade—. ¡Eso es estilo!

—Maldita Brown —es todo lo que puedo decir.

Juliet ahoga un resoplido.

—Oye, Brown es una gran universidad.

—Mmm.

—Todo irá bien —asegura Sofi—. Aunque decida ir, encontrarán la forma de seguir juntos. Son Winnssse. La pareja más adorable de York —insiste con optimismo.

Intento sonreír.

Sofi siempre tiene una actitud positiva ante la vida y cree que todo acabará encarrilándose. En cambio, Juliet es más del tipo «vamos a patearle el trasero a alguien». ¿Y yo? No

estoy segura. Noto el cuerpo un poco entumecido, los labios resecos y una sensación de vacío en el estómago.

—Todo irá bien —repite Juliet.

—Las voy a extrañar a las dos terriblemente. —Las miro agradecida—. Más vale que vengan a visitarme.

—Claro que iremos —responde—. He oído que Chicago tiene un acuario impresionante. Con belugas y todo.

—¡No! El acuario no. Esos pobres animales deberían estar libres en el océano, no encerrados en cautiverio —digo con firmeza—. ¿Acaso no vieron *Blackfish*?

Juliet me revuelve el pelo de forma juguetona.

—La osita Winnie luchando por los derechos de las ballenas.

—Yo también he visto ese documental —añade Sofi—. Es horrible. Seguro que hay otras cosas divertidas que hacer en Chicago.

—El Planetario Adler, el Museo Field de Historia Natural, el parque del Milenio, el Muelle de la Marina —me apresuro a decir—. Les digo que es una ciudad muy bonita.

—Bonita y ventosa —dice Juliet en tono de broma.